

UN LIBRO DE RELIGION PARA UN TIEMPO SECULAR (COMENTARIOS A *NUEVOS ENSAYOS DE FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN* DE A. TOMASINI)

Francisco Piñón Gaytán,
UAM-I, México.

1 Un libro sobre *Filosofía de la Religión* escrito por Alejandro Tomasini es doblemente “interesante”. Y esta última palabra (“interesante”) no en el sentido romántico con el que Hegel atribuía al concepto del *arte* en el periodo romántico, i.e., mucho *ruido*, *fastuosidad*, y *poca substancia*. Sino *interesante* en el sentido en que, por el objeto tratado, el autor tiene algo *importante* (en la línea de K. Kierkegaard) que decir y comunicar. Cierto. Wittgenstein es no sólo el modelo, sino también el pretexto. Pero, además, “interesante-importante” porque considero que la obra de Alejandro Tomasini goza de ese aire raro de libertad intelectual que no es fácil encontrar en nuestros pensadores académicos y que, sin embargo, es necesario tener y detentar, sobre todo quienes pretenden escribir algo *fur ewin* (i.e., para la eternidad) en el sentido del poeta Pascoli.

Por los anteriores motivos, y por algo más grande que es la amistad, me atrevo a presentar el libro de Alejandro Tomasini. ¿Un libro más sobre filosofía de la Religión? ¿Así, en general, como hasta hace poco también escribieron Vattimo, Derrida y Gadamer? ¿Un libro más, en este *tiempo secular*, sobre “conceptos religiosos” que fue el primer título que pensaba para este libro el autor? ¿Un libro sobre religión en donde todavía se escuchan los lamentos melancólicos del *Zaratrusta* de Nietzsche, el del grito de *Dios ha muerto*? ¿Cómo hablar de Dios o cómo hablar de religión, que no es lo mismo, en esta época tan de ciencia-técnica post-secular o de valores tan “pragmáticos” en donde pareciera que lo normal es, precisamente, (o pareciera), el loco que buscaba a Dios en la plaza pública de *La Gaya Ciencia* del filósofo Nietzsche?

Cierto. Estoy de acuerdo con el autor en que el tema sobre Dios “en cierto sentido está en declive”. (p. 15). Aunque tendríamos que distinguir en que niveles o en qué estratos o en qué espacios. Y además de reconocer, con Derridá, ese “Retorno a las Religiones” aun en aquellos que como él mismo lo admitió (Vattimo también) habían creído ingenuamente una contradicción irreductible entre religión por un lado y razón, luces, ciencias y crítica por el otro. Pero, sobre todo, habría que distinguir, en buena hermenéutica histórica, que tipo de “religiosidad” y, ante todo, qué contenido o significado se da al concepto de *Dios* o, al más general, de divinidad. Por eso, tal vez, el autor le antecede a la palabra “*declive*” el siempre inteligente “en cierto sentido”. Y, además, de que al hablar de *Dios* el autor Tomasini aclara expresamente que es uno de nuestros conceptos fundamentales, del cual no se puede prescindir, porque así lo asienta, “si careciéramos de él habría muchas cosas que no podríamos decir y muchas líneas de conducta que no estaríamos en capacidad de actualizar y, por consiguiente de apreciar”. (p. 46). Dentro de todos los lenguajes.

Pero concedamos con Alejandro Tomasini ese fenómeno del “declive” sobre los lenguajes sobre Dios. ¿No ya, acaso, un prisionero de los nazis, el teólogo Dietrich Bonhoeffer, en 1944, nos alertaba que estábamos avanzando hacia un tiempo sin religión y que cómo era posible hablar de Dios en una forma secular?. Sabemos que el fenómeno de la secularización es un hecho histórico que ya tiene larga historia. Casi la de la misma cultura occidental europea. Sabemos que a partir del relato bíblico del *Génesis* Dios ya empezaba a *desaparecer* porque el nuevo sujeto de la historia, *Adán*, comenzaba, él sólo, a dominar su escenario al *imponer nombre* a las cosas. La mezcla de dioses y hombres, de las teogonías antiguas, quedaban atrás. Un principio de *secularización* se empezaba, por lo tanto, a gestar inmediatamente después que Dios separara la luz de las tinieblas y ya no digamos cuando el Señor Dios condenaba al hombre a “ganar el pan con el sudor de su frente” y que el buen Marx recordaba que muchos habían olvidado.

Efectivamente, reconocemos que “el mundo de la teología está cada vez más alejado de la conciencia individual”. Tomasini no cae, por supuesto, en la *forma mentis* del *marketing* pragmata materialista positivista en donde la palabra Dios no tiene ningún sentido. Tan se lo da que nos escribe un libro sobre el tema, vital y existencialmente vivido. Esperamos.

No intentaré una crítica o evaluación de *todo* el libro. Quiero dejar la puerta abierta a la “curiosidad”, esa virtud que ya desde Aristóteles era sinónimo de *ciencia*. Sobre todo cuando de “misterios”, “problemas” o “pseudo-problemas” se trate.

Espiguemos algunas ideas. Sabiendo que cuando de estos temas se trata no hay *certeza*, ni certidumbres que se puedan *verificar*. La arquitectura del lenguaje humano no sigue las mismas reglas del lenguaje de la naturaleza. Kant lo sabía, y antes Leibniz y Galileo. Por eso entiendo el marco de referencia en el que se coloca Tomasini: en la *genealogía* de las palabras, en lo que se puede uno *expresar* o atreverse a *intentar expresar* con lo único que tiene el hombre para *comunicarse*: el *lenguaje*. Porque *callarse*, difícilmente se puede. Ni siquiera el Autor del *Tractatus*. Y Tomasini, creo, sabe, y debe saber, los abismos del corazón humano, las complejidades del lenguaje, los miles de vericuetos por los que el hombre se expresa, sueña, desea, crea y rompe mitos y los vuelve a recrear y, sobre todo, sabe Tomasini el largo camino de la *Utopía*, y que el *Leviathán* de Hobbes no podría controlar ni frenar, por definición. Por eso esa “muerte” de la *metafísica* que empezara con el filósofo inglés se mostrara terriblemente viva bajo otros rubros y significados, que a su vez, se expresarán con otras tantas palabras, aunque éstas, ya desde el Medioevo, se digan que son puros *Flatus Vocis*, cfr. Los nominalistas medievales en la cuestión de los universales.

2. Yo sí creo, o puedo admitir, que el lenguaje no tiene *misterios*, sino problemas o pseudo-problemas. Y, además, creo que en todo caso, admitida su existencia, *Dios* (cualquiera cosa que el concepto signifique) no tiene problema alguno. Y, añadiendo una definición cusana y antes paulina, Dios siempre será un *misterio* para el hombre. El verdadero misterio, o problema, es el hombre. Recordemos el *factus sum magna questio* agustiniana. Por eso, hace bien Tomasini al distinguir el *concepto* de la “idea” del concepto, teniendo en mente *tiempos y culturas*.

En primer lugar, hace bien, y creo que aquí es un verdadero problema de investigación y hermenéutica históricas el preguntar cómo diablos apareció por primera vez la palabra *totalidad* y ésta, con el contenido de tener una relación epistémica. El problema, a mi entender, y no es exclusiva investigación histórica, sino metafísica (cfr. Kant) es, precisamente, el *por qué*. Pero un *por qué* que rebasa el cómo y los horizontes y los marco del acomodamiento y “humanización” del hombre en su mundo. El por qué todavía hoy, aunque ya no señalemos hacia arriba, ni necesitemos señalar la bóveda celeste para referirnos a Dios. El *por qué* del más allá del fenómeno, el *por qué* de la *cosa en sí* (cualquier cosa, también, que ésta signifique). Fue –y es– el problema de los *a priori* de la filosofía de Kant. Y creo que es el “diabólico” problema de la *norma* y los *sujetos* aun a pesar del fenomenalismo y, perspectivismo de Nietzsche. Ya sabemos por lo demás, que Tomasini vs. el filósofo del *Zarathustra* no alberga ni esca-

tologías ultra-históricas, ni nihilismos tenebrosos. Porque, como afirma Tomasini, “Después de todo, el hablar de la muerte de Dios, no es un asunto banal”. (p. 50).

Pero, también, después de todo, yo no sé, si “Dios” fue “en primer lugar, el nombre de la bóveda *celestes*”. Ya existe, de hecho, gran investigación escrita desde hace tiempo. Y graves filósofos y teólogos han largamente disertado sobre lo que signifique en la teología actual los *nombres de Dios*, que superan, obviamente, la labor mística-literaria de Fray Luis de León. Sólo para citar algunos nombres: Paul Tillich, K. Barth, R. Bultmann, K. Rahner, J.B. Metz y el mismo Heidegger.

Obviamente, nadie de ellos sostiene como *Dios*, objeto de su reflexión, ni al Dios como *Primer Motor* de Aristóteles, parecido al *Dios de los filósofos* del que, acertadamente, según Heidegger, que muy bien aprueba Tomasini, no se le puede rezar.

Por lo demás, la “idea” de divinidad, que no concepto popular, no se expresa sólo, y no se agota, en la gran tradición greco-latina, en un concepto *fisicalista*. Es vieja y larga la tradición de un concepto de divinidad más profundo y misterioso que lo que el cosmos brindaba a la *simple mirada*. Ya desde Jenófanes, aquél que influenciará las *tragedias* de Eurípides, *La República* de Cicerón o el *natura deorum* de Cicerón. Por eso, con toda razón, nuestro autor, Tomasini, afirma que “toda una dimensión de la vida humana gira en torno” al concepto de Dios. (p. 249).

La “experiencia religiosa” no es, pues, dice él, algo ocasional, no simple objeto de estudio del “visionario estetista”. Dios es, anseluianamente hablando, parodiando en buen sentido a S. Anselmo, un *Dios* “que necesariamente existe” (p. 252), i.e., “forma parte de todo sistema conceptual normal, de todo lenguaje posible” (p. 254). Lo cual no quiere decir, evidentemente, el saber lo que es Dios, o que es, *simpliciter*, un *Hombre-Viejito* grandote. Este Dios, en todo caso, es o sería el *Dios Figura*, de géometras, para ser pintado o coloreado.

Afortunadamente este no es el caso de Tomasini. Dios no es “un término teórico más” (p. 257). No se acaba en las explicaciones causales, como “nombre propio especial” no necesita toda la ritualidad con que se suelen expresar. Además, las “creencias”. No caben los fetichismos, pues. Por tal motivo, desearía que el autor diese más énfasis en esa línea que parte de Platón y desemboca en las “*doctos ignoramus*” de Cusa, en los *entusiasmos y furores* de Bruno Giordano, en la *espera* de Kant y Heidegger, o en el “Dios por encima de Dios” de Paul Tillich. Desearía que para futuros trabajos explotara más los horizontes platónico-tomistas y no tan sólo, los Aristotélicos. En una palabra, más los agustinianos, los cusanos, los bruniano-hegelianos. Y, desde luego, toda esa corriente que desemboca en Pascal y que parte de él, y no solamente en

la racionalidad cartesiana. La línea, pues, de la *esperanza* de Kant, de Heidegger, de Unamuno.

Creo que a Tomasini, siguiendo a Wittgenstein, le interesa más la *posesión* de la *fuentes* cuando se tiene la *sed*. El *cómo* encontrarla y el *por qué* de la sed es otro problema. Pero, también, podemos reflexionar, a lo Feuerbach, ¿por qué diablos la sed si no podemos encontrar la fuente? La respuesta, tal vez, la de San Agustín. Recordemos que a Dios, ya desde S. Pablo, nadie lo ha visto. Por algo el Santo de Hipona, S. Agustín, nos dijo: *Ama et fac quod vis!* Y Wittgenstein, siguiendo a Agustín, diría que “más vale buscar o preguntar, que hallar la respuesta”. De ahí sus interminables. En sus *Investigaciones Filosóficas* hay 784 preguntas, contra 110 respuestas, 70 de las cuales son declaradas erróneas. Preguntas que tal vez condujeron al autor del *Tractatus* a formular la siguiente inquietud: “¿Por qué una forma de vida no debería culminar en una expresión de fe en el Juicio Final?” (*Lectures*, 58).

Preguntas, por qué no decirlo, que no pueden quedarse –porque, *de hecho*, en el *lenguaje popular* no se quedan– en la *mera descripción*, sino que envuelven una real y no marginable *meta-descripción* que envuelve al hombre real ante la finitud del tiempo. Recordemos, también de paso, a todos esos nuevos filósofos que, nacidos en la filosofía analítica, han ido abandonando el principio neopositivista de que sólo las proposiciones de las ciencias naturales tienen significado y ya unen, más adelante que el mismo Wittgenstein, *Descripción y metafísica*. Baste citar a F. Strawson, R. Hare, S. Toulmin, J. Austin, G. Ryle, J. Wisdom, M. Laserowitz, N. Malcom, J. Hick, T. Ramsey, G. Warnock, F. Feré, D. Antiseri. Creo que Tomasini se une a varios de ellos. Sabemos, por lo demás, que Dios “informa” una visión religiosa que es, como dijera Wittgenstein a H. Malcom, y creo que Tomasini estará de acuerdo, “una forma de vida”. Muy cercano a esa afirmación de Unamuno cuando decía que “creer en Dios es anhelar que le haya y es además conducirse como si le hubiera” (*Del Sentimiento trágico de la vida*, Origen-Planeta, Méx. 1985, p. 179). Parecido al personaje de *Los Hermanos Karamzov* de Dostoyevsky, el abate Zózima: predicando el amor a Dios un discípulo lo increpa: “¿Cómo voy a amar a Dios si no creo en él?”. Y el maestro responde: “Ama a Dios y creerás en Él”. Tomasini, por lo pronto, en su conceptualización de Dios nos ofrece más que algún “*Refugio*”: con su concepto y en su concepto nos hace pensar en algo que es *fundamental*, tal vez “lo fundamental” como lo pensara Wittgenstein, en carta a Engelman. En este sentido, creo que el autor que hoy presentamos tiene razón al afirmar, y creo que más allá del análisis gramatical, “que estamos justificados en pensar que Dios siempre estará con nosotros”.